

# Mirador

## La mirada de Conrad

ALBERTO PAREDES



¿De qué es dueño Joseph Conrad? Pienso en él, busco su mirada al acercarme a mi mesa de trabajo. Ha logrado el estilo en el hombre: todo él contenido en su forma de haber llegado a los cincuenta y cinco años y detenerse con leve parsimonia. No podría estar sentado; de pie, enfrentando un poco diagonalmente lo que el paisaje móvil y confuso le opone. Es una esfinge silenciosa, estática: estilo es la actitud que toma cada artista para resistir —no caer, no doblegarse, no gesticular— el salvaje frenesí del mundo.

Regreso a su fijeza y descubro que todo en él es voluntad y esfuerzo. Porta, como tantas veces, un traje gris jaspeado de lana, chaleco más claro, camisa blanca de cuello duro; monóculo como emblema de su dignidad social y de su sedentario oficio; el pañuelo sobresaliendo apenas del saco, la corbata informal y los bigotes acicalados, delineados en punta, revelan, acaso con más evidencia de lo que él quisiera, el cuidado en cumplir con la figura del caballero que sabe no ser sofisticado ni rebasar la vestimenta que cada situación señala. Es el borde delicioso entre la fineza y la ostentación.

Todo lo que sigo mirando se revela como borde o frontera acallada, rotunda y sutil. Lo que me hace pensar, si recuerdo sus criaturas, en la extravagante serenidad de Damocles: Conrad parece acudir al festín consciente de que se sienta en el sitio señalado por la fatalidad, pero el banquete no se interrumpe y seguramente los otros comensales también viven bajo las fuerzas que pueden destruirlos en cualquier momento. El pulso no le tiembla, la voz no desentona, podría yo preguntarle la hora: —*By chance, sir, do you happen to know the hour?* Él llevaría suavemente el monóculo a su sitio habitual, hurgaría con calma en el bolsillo del chaleco y destaparía el reloj para responderme con voz lenta, grave, inexpresiva: —*O'clock, young fellow; five is the time.*

Los hombros mantienen una honesta, digna, vertical. Pero se ven pesados; no están rígidos y sin embargo sospecho cierto cansancio, una sombra de curvatura. El tórax y el vientre lucen planos y firmes, han desembarcado sólidos en la edad madura; tal vez resisten y ocultan merodeos de asma, males hepáticos

o úlceras inconjurables. Pero no abaten a este hombre y ni siquiera obtienen la sucia victoria de un rictus de dolor o evidencias de hinchazón ventral. La cintura obedece el gobierno del cinto. El óvalo de la cara se ayuda, y suaviza líneas, con los leves respuntes de la rala cabellera entrecana, recortada, peinada hacia atrás para no obstruir la amplitud de la frente alta, dura, sorprendentemente no hendida de arrugas. Las orejas casi pequeñas y la barba en pico, bien afeitada, conjuran a favor de las líneas mayores del rostro, lo soportan con discreción, como los rieles ocultos entre bambalinas al escenario dispuesto. Los ojos ostentan una dudosa condición entre pequeños y empequeñecidos. El rostro entero, como la frente admirable, no ha sucumbido a hinchazones ni arrugas; pero los párpados superiores caen ya, definitivos, venciendo la línea de las pestañas; a su vez, las bolsas de los párpados inferiores no deforman los pómulos ligeros, pero jalan hacia abajo las comisuras oculares. La nariz es sólida y de un tamaño y abultamiento que escapan de cualquier fealdad. Revela —ese abultamiento de la punta, los orificios erguidos y profundos— un carácter duro, alimentado por oleadas irregulares, como estertores de viejo volcán, liberando sus humores, poderosos y añejos. El cuerpo de la nariz deja separados los ojos y conduce al labio fino, escudado por el bigotillo y la barba fina. La fineza general del rostro emana silencio.

La mirada es de un brillo sosegado. Joseph Conrad mira por encima de la línea natural de su estatura. El cuerpo, ya lo he dicho, se cuida de cualquier tipo de torsión o esfuerzo, pero los ojos insisten en no mirar de frente, ¿en realidad buscan algo en la lejanía o se trata de una estratagema para que no atrapemos directamente la atención de este hombre? ¿Quiere que lo dejemos en paz o hay algo ahí? El brillo ligero es lo importante en esta mirada. Un brillo que se quiere inextinguible, y al mismo tiempo se sabe amortiguado. Un hombre cansado que no ha perdido sus fuerzas,



Retrato de Joseph Conrad

que no cesará de posar vertical ante el turbio panorama exterior. Las cejas, más pobladas que ralas, defienden para siempre la mirada. Contrarrestan el cansancio de los párpados, jalan hacia arriba esa mirada que insiste en creer que algo valioso debe estar más allá —sólo un poco más allá— del lomo del horizonte. Tántalo es el complemento de Damocles: el humano oficio de nunca abandonar la tarea pues no podemos dejarnos vencer, no pode-

mos dejar de creer que en el siguiente intento conquistaremos el manjar entrevisto. Por eso Joseph Conrad mira un poco más allá de la línea natural de su estatura. Por eso todo en su cuerpo y rostro empuja un poco más lejos de una actitud natural; el perenne, silencioso esfuerzo por mantenerse erguido y calmo. Todavía saludable al inicio de su última edad. Fino, elegante, cordial, aristocrático incluso, según revelan su cuna y las dignida-

des obtenidas en la batalla de los años. Si lo increpamos será un amigo no sé si frío o discreto; lejano, tal vez. Ha oscurecido con la reposada tenacidad de su mirada. Sigo mirando la victoria de seguir en pie como un caballero. ~

*i.m. S.S. y para E.P., pues al conocernos, ambos dijeron, como una contraseña: "Conrad, Alberto".*